

## EL ASALTO A NIÄ

Tor-Wuaki salió de su tienda y paseó entre los fuegos del campamento. Era la hora del almuerzo y toda la Horda se encontraba preparando succulentos platos cuyo aroma se extendía por todos lados. Asados de tapón, estofados de buey de lava, calderetas de carnes de origen sospechoso, el descorchar barriles de grog, el burbujear de las marmitas. Un grupo de curiosos rodeaba a uno de los Héroes Saurios, asistían al curioso espectáculo de verlo comer una ración de vegetales que él mismo había ido recolectando por la pradera que rodeaba Niä. No es que los Saurios fueran vegetarianos como los elfos, lo que pasa que tras ingerir un enano parcialmente putrefacto acompañado de un grog aguado su estómago se había negado a ingerir más carne. Y la que entraba en forma de asados, salía rápidamente en forma de cerebro de Engendro por el orto del Saurio. Sus carreras a los arbustos más cercanos con un rollo de piel de enano en la mano había producido muchos chistes entre la Horda, así que siguiendo las recomendaciones del mago Saurio había mantenido una dieta de vegetales que debido al extraño metabolismo de los lagartos parecía que estaba dando resultados. Un Orco se hubiera negado en redondo a seguir esta dieta envenenada, prueba de ello era que Gruntz, el comensal con el que había compartido el enano ligeramente putrefacto, y que había sufrido varios dolores de barriga tras la digestión se había recuperado rápidamente gracias a una dieta a base de sopas.

Tor-Wuaki saludó a Gruntz que se encontraba revolviendo una enorme olla donde hervían varios litros de grog y en el que de vez en cuando salía a flote el cadáver de un enano.

—Gruntz, ese enano todavía tiene la armadura puesta.

—Sí amo, es que el chamán me dijo que para recuperarme debía tomar sopas y alimentos con hierro.

—Ah, entiendo. —Contestó el Gran Orco—.

Tor-Wuaki observó al Saurio que engullía con apetito una bandeja de alimentos vegetales. Varias ramas de cedro, hojas de castaños y de higueras, cespel, bayas silvestres, agujas de pino, almendras y nueces con cáscaras. Masticaba en silencio y de cuando en cuando echaba un trago de agua que había transportado desde un riachuelo cercano. «Gente extraña estos lagartos», pensó el Gran Orco. Y continuó su paseo por el campamento.

Más allá, ocupando el cuadrante sur del campamento, se hallaban los Olog-Khûsh. Habían comido un par de búfalos y ahora se entretenían elaborando unos manteletes con cuerdas y troncos. Sûlwine, el comandante de los Olog, le enseñó uno de estos manteletes ya terminados al Gran Orco. Tenía la apariencia de un escudo aunque era tan alto como él mismo, podría cubrir a un par de Orcos pero los Ogros los manejaban como si se tratara de una rodela. Se lo ataban al antebrazo izquierdo y lo alzaban ante ellos mientras con la otra daban barridos con sus mazas de combate, unos troncos del tamaño de un enano alto, atravesado con pinchos de acero del tamaño de un antebrazo capaces de destrozar la mejor de las armaduras. Los manteletes habían sido forrados con piel de búfalo lo que les daba mayor protección contra los arqueros enemigos. Junto a ellos los lobos de batalla se disputaban los restos de los búfalos, los Ogros habían sido encargados del cuidado de los lobos y serían los encargados de conducirlos a la batalla.

Un lobo de batalla servía de montura a un Orco, pero en manos de un Ogro parecían inofensivos gatitos.

Al otro lado del campamento la infantería Orca terminaba de levantar varias torres de asedio. Las habían recubierto con pieles que luego mojarían para impedir que las balistas enemigas pudieran hacerles daños en la estructura. En lo alto tras el parapeto se había instalado una balista y varios infantes Orcos hacían ejercicios de puntería sobre unos enanos atados a unos árboles lejanos. Los Orcos fallaban por poco, aunque algunos enanos ya habían muerto del susto. Un grupo de esclavos Servidores descargaba las piezas de balistas y lanzapiedras de un grupo de carromatos, hostigados por sus cuidadores Orcos los esclavos se mostraban dóciles y serviles (de ahí su nombre). A las órdenes de Ophix, uno de los Héroes Saurios, las armas de asedio eran ensambladas y colocadas sobre la primera línea del campo de batalla. Contemplaba sorprendido la efectiva maquinaria Orca, mezcla de sencillez y efectividad demostrada a lo largo de Eones de batallas.

Al amanecer toda la Horda se encontraba formando el frente de batalla, cada comandante con las instrucciones necesarias y al mando de sus respectivas unidades. La artillería dispuesta para desatar una lluvia de proyectiles sobre los rebeldes. Caballería dispuesta, infantería avanzando, arqueros apuntando y los Ogros aullando. Nada de esto fue necesario, Muggrath a lomos de su ave de fuego sobrevoló la ciudad y aterrizó sobre ella. Al instante abrió las puertas y anunció la victoria con un rugido.

Tor-Wuaki avanzó entre los escombros de lo que antiguamente había sido una ciudad Minotaura, ya no quedaba nada. El enemigo había huido amparado en las sombras como ratas cobardes. Entre los rescoldos y las escombreras encontraron varios guerreros Servidores, desertores. Fueron ejecutados allí mismo, y sus cadáveres arrojados a los lobos y a las Arpías.

Los exploradores llegaron al mediodía, cuando el sol caía perpendicular sobre el cascarón vacío de lo que una vez había sido Niä. Informaron que los rastros conducían directamente a las colinas de Drakön, y hacia allá se dirigió la Horda.

## OLOGUL

Con las primeras luces del alba Ologûl repasó una por una todas las armas de asedio que la tribu Ho-Chi-Chin habían estado montando según sus instrucciones. Los Ho-Chi-Chin eran unos humanos muy hacendosos, incluso para el canon Orco. Además tenían una habilidad muy especial para la artesanía, no necesitó repetir los esquemas de construcción dos veces, al poco tiempo los humanos armaban balistas y lanzapiedras como si lo hubieran hecho toda la vida. El único problema era que se alimentaban única y exclusivamente de unos finos granos que llamaban aloz. Ologûl los había probado y aunque tenían un cierto gusto agradable, luego había estado una semana estreñido. Los Ho-Chi-Chin se partían de risa cuando el Orco se retiraba del campamento tras unos arbustos e intentaba soltar lastre de la tripa, los gritos de angustia resonaban hasta las

murallas de Tauron y hasta los mismos engendros se estremecían oyendo los alaridos. Desde entonces había evitado el alog y había continuado con su dieta habitual de carne de origen desconocido y glog en abundancia. Los humanos se habían aficionado a trasegar el glog, pero no tenían la resistencia de los Orcos y con un par de tragos se caían de espaldas. Así que esa mañana antes de inspeccionar las armas de asedio ocultó convenientemente el carro que portaba los barriles de glog, no sin antes darle un buen tiento a uno de ellos. Cuando comprobó que todo estaba como debía ser, desplegó la línea de batalla.

En perfecto desorden se fueron alineando las tropas bajo los gritos de los kriter al mando de las unidades. Tras las armas de asedio se situaron las milicias y los arqueros humanos, apoyados por la infantería Orca en el ala izquierda. A la derecha los cabalgalobos junto a Ologûl cargarían sobre los flancos del enemigo. El plan era simple. Una lluvia de piedras sobre las murallas que barrerían las balistas y derrumbarían los muros, mientras la infantería avanzaba sobre el frente al mismo tiempo que los cabalgalobos rodearían la fortaleza para cortar la retirada a los Engendros. Ologûl encabezaría el asalto final.

Menos de dos horas tardó la fortaleza en caer bajo el poder de la Horda. Las balistas fueron barridas en la primera descarga de artillería. Los muros cayeron al poco, y Ologûl al frente de la infantería cargó sobre la escasa guarnición. No hubo prisioneros.

En las primeras sombras del ocaso la muralla ya había sido reparada nuevamente, las armas de asedio desmontadas y cargadas en los carros de transporte. Los Orcos saquearon lo poco que se podía saquear y los Ho-Chi-Chin aullaron de alegría cuando consiguieron descubrir el carro donde se ocultaba el glog. En lo alto de las almenas Ologûl observaba el Este, había recibido un buitre mensajero aquella misma tarde y con él llegaron malos augurios. En enemigo avanzaba hacia el norte. Allá a lo lejos en las suaves colinas del Dar-Lar se veían los resplandores de miles de fogatas que alumbraban el velo de la niebla que descendía desde las lejanas Mastirc. El enorme ejército de los Orcos se estaba reuniendo para librar lo que sería una de las batallas decisivas por la liberación de Vor-Lîndporand.